

Valencia el comentador más fino y erudito. Cierta noche, en un grado, dejó boquiabiertos a nuestros galenos de más fama, con una disertación acerca de no sé qué punto abstruso de patología mental. Pero lo que en él subyuga más no es la cultura solidísima, sino la fluidez del discurso, el don de hallar imágenes exactas y pintorescas para expresar sus ideas. Bástanle a veces una palabra, una frase brev espara caracterizar un hombre, una situación. Y como a estas cualidades se agrega una agudísima percepción del ridículo, su palabra resulta una temible arma de combate. He aquí, a ese respecto, dos anécdotas curiosas:

Corría el año de gracia, o mejor dicho, desgracia, de 1903. Estábamos en vísperas de la secesión de Panamá. El señor Caro tronaba en el Senado contra el Tratado Herrán-Hay, y, naturalmente, contra el Gobierno de Marroquín. El poeta, entonces muy joven, tuvo el valor de enfrentarse al viejo púgil, y defendió, en candentes discursos, el régimen imperante, con lo cual dio lado para que se le dirigiesen rudos ataques por la prensa opositora. Uno de los artículos publicados contra Valencia indignó a todo el mundo por su ruindad y villanía. Firmábalo «Un caucano», y su autor era cierto usurero famoso en Bogotá por la astucia y trapacería con que supo despojar de su haber a los infelices que caían en sus redes. Por toda contestación al infame panfleto, el poeta hizo publicar un suelto anónimo en que se leía lo siguiente: «La firma de *Un caucano*, puesta al pie de cierto artículo contra Guillermo Valencia, nos hace recordar una anécdota que viene aquí como anillo al dedo. Cierta día en que el Virrey La Zerda estaba en manos de su peluquero, éste, que era cazarro y charlatán, como todos los hombres de su oficio, díjole a su cliente:—Ha de saber Su Excelencia que yo debo de ser algo pariente de él, porque también llevo el apellido de La Zerda. A lo cual replicóle el Virrey con socarronería:—No sabes, infeliz, que hay cerda del cuello y cerda de la cola?»

Esta anécdota, tan oportunamente traída, le quitó al panfletista las ganas de seguir atacando a Valencia.

En otra ocasión, a tiempo que éste defendía en el Senado de la República los fueros de la religión y la moral, cierto periodista malicioso, pero casado con una dama algo loca de su cuerpo, publicó en su hoja la versión hecha por el poeta de la *Pamphila*, de D'Annunzio, fingiendo asombrarse de que un hijo fiel de la Iglesia se complaciese en trasladar a nuestra lengua poesías tan inverecundas como la publicada. Valencia recibió el golpe sin pestañear. Pero les hizo notar a sus amigos que él había hecho tal traducción, no para darla a las letras de molde, sino para conservarla en su cartera y recitarla a los amigos de confianza, capaces de ver solamente en ella una obra de belleza. «Todos—decía con frase admirable refiriéndose a este asunto—todos vamos desnudos debajo de nuestra ropa». Y agregó aludiendo al periodista que había hecho la publicación de la poesía nombrada:—«Lo malo no es traducir a Pamphila sino casarse con ella».

La manera como Valencia trabaja sus versos es digna de observación. Flaubert decía que sus más bellas páginas las había escrito acostado, y Nietzsche aseguraba que el andar favorece en alto grado la inspiración del artista. Valencia emplea una y otra manera, si bien nunca, o casi nunca escribe por su propia mano. Acostado en su lecho o paseándose por la estancia, dicta a un secretario sus prosas rotundas o sus estrofas armoniosas. Esto de que el poeta payanés dicte sus versos puede parecer extraño, pero así es, sin embargo. En él, la elaboración del pensamiento y de la frase bella es maravillosamente rápida. Todos sus versos, aun aquellos que por su perfección parnasiana parecen fruto de una larga y benedictina labor de orfebre, han brotado de su mente hechos ya, en un instante de inspiración. Valencia

no es de esos artistas que, siguiendo el consejo de Boileau, se eternizan cincelandos y limando sus creaciones. Byron le escribía a su editor: «Me pasa con los versos lo que el tigre que asecha su presa: si no la pueda asir del primer zarpazo, retrocede a su cubil, rugiendo». Lo mismo podría decir el portalira de *Ritos*. Uno de sus poemas de más aliento, *Anarkos*, fué compuesto en tres días de labor a cada instante interrumpida. *La Parábola del Monte* me lo dictó a mí en una o dos horas. Y lo mismo ocurrió con la versión que hizo de la poesía *Manos*, de D'Annunzio.

Tales son, expuestos a grandes rasgos, algunos, de los aspectos más interesantes de la personalidad de Valencia. Y aún tiene otros muchos más que sería curioso estudiar. Acaso algún día, con más tiempo y espacio, habré yo de intentar esta tarea. Puede, por eso, acusarse de indiscreto. ¿Pero la indiscreción no es quizás, para nosotros los periodistas, un deber profesional?

EDUARDO CASTILLO.

## Fragmentos

[Del poema dramático de Alfonso Reyes, *Ifigenia Cruel*, que está pronto a publicarse en Madrid].

### LA AFICIÓN DE GRECIA

(Fragmento del comentario que sigue al poema).

POR el año de 1908 estudiaba yo las *Electras* del teatro ateniense. Era la edad en que hay que suicidarse o redimirse, y de la que conservamos, para siempre, las lágrimas secas en las mejillas. Por ventura el estudio de Grecia se iba convirtiendo en un alimento del alma, y ayudaba a pasar la crisis. Aquellas palabras tan lejanas se iban acercando e incorporando en objetos de actualidad. Aquellos libros, testigos y cómplices de nuestras caricias y violencias, íbanse tornando confidentes y consejeros. Los coros de la tragedia griega predicaban la sumisión a los dioses, y ésta es la única y definitiva lección ética que se extrae del teatro antiguo. Hay quien ha podido aprovechar su consejo.

La literatura, pues, se salía de los libros y, nutriendo la vida, cumplía sus verdaderos fines. Y se operaba un modo de curación, de sutil mayéutica, sin la cual fácil fuera haber naufragado en el vórtice de la primera juventud.

Ignoro si éste es el recto sentido del humanismo. Mi *Religio Grammatici* parecerá a muchos demasiado sentimental.

Tenemos derecho—una vez que por cualquier camino alcancemos la posesión de un módulo—para manejarlo a nuestra guisa. Sucede en esto lo que con el libro de cabecera: es tan nuestro, que rueda por las sillas y por las mesas, le anochece en el velador y le amanece a los pies de la cama. Al libro predilecto lo tratamos—en nuestro fuero interno—con todas las veleidades de la sinceridad; reñimos con él, le exigimos más que a ninguno. Justificada la afición de Grecia como elemento ponderador de la vida, era como si hubiéramos creado una minúscula Grecia para nuestro uso; más o menos fiel al paradigma, pero Grecia siempre y siempre nuestra. Entonces, ya era dable arriesgarse a sus asuntos sin tono arcaizante, y aún sin buscar compromisos líricos—dannunzianos—entre la antiguo y lo moderno. Esto con ser más sincero, es, a la postre, más valiente; exhibición no disfrazada de nuestras ininteligencias o aciertos, nos vende, nos entrega; si la obra emprendida fracasa, no podemos recuperarnos. Somos uno con ella: no es Grecia, es nuestra Grecia. Tanto riesgo, solicita a todo corazón templado.